

---

---

TERCERA PARTE.

—  
¡SOLAS!  
—

I

Calle de Grenelle.

El 4 de abril de 1882, á eso de las nueve de la mañana, una mujer en traje de viaje descendió de un cupé tirado por dos briosos caballos, bajo la marquesina del hotel de Roye.

Al ruido del coche, las grandes puertas que daban á la calle de Grenelle se habían abierto, por decirlo así, por sí solas.

Aquella llegada estaba prevista y por la actividad de los criados se comprendía que aquel cupé conducía á los dueños de la casa.

El lacayo que venía sentado en el pescante, al lado del cocher, se precipitó á la portezue-

la, pero la mujer que descendía del coche se le adelantó y tendió la mano á un anciano, encorvado bajo el peso de la edad, que salía del coche con gran trabajo, detrás de ella.

Aquel anciano lanzó una mirada de satisfacción á aquellos lugares que le eran familiares y que parecía volver á ver despues de una larga ausencia.

Subió los seis peldaños de la escalera exterior, apoyándose en el brazo de su acompañante y lanzó un suspiro de satisfacción en el vestibulo del hotel, en donde los lacayos acudían precipitadamente al lado de los viajeros.

—¡Por fin podré morir en otra parte que en el destierro!—murmuró.

El tono con que se expresaba estaba exento de pesadumbre.

Sonrió á su acompañante con la seductora bandad de los ancianos amables y añadió:

—Por lo demás, yo estoy bien en cualquier parte en donde tú estés.

—Venid—le dijo ella, conduciéndole á la escalera principal.—Despues de un viaje tan largo necesitais descanso, tío, y os preparareis para las visitas, que no dejarán de venir, aunque no sea otra cosa que la curiosidad lo que atraiga á nuestros buenos amigos.

El señor de Treville subió la gran escalera sostenido por el brazo de la mujer que le acompañaba y le prodigaba todos los cuidados de una ternura filial.

Esta no le abandonó sino despues de haberle dejado instalado en su habitacion y en manos de su ayuda de cámara.

Pero antes le presentó su frente, sobre la cual apoyó el general sus lábios, diciendo con extrema dulzura:

—Ve, Germana mía.

La señorita de Roye—se habrá comprendido que era ella—atravesó lentamente, examinándolos con atencion, los largos y espaciosos corredores, de cuyas paredes colgaban retratos de familia, cuadros de caza y grabados preciosos,

que eran otros tantos recuerdos para ella y subió á su habitacion.

En la puerta de esta esperaba su llegada su doncella Ursula.

Germana entró con el corazon oprimido, en aquel saloncito que daba al jardin, dirigió una cariñosa mirada á aquellos lugares en que habia pasado su infancia y se arrojó en un sillón, despues de haberse quitado el sombrero y el abrigo.

—¿Ha tenido la señorita buen viaje?—preguntó Ursula.

—Sí, muy bueno.

—¿No ha sentido demasirdo cansancio el general?

—No. Dos dias de descanso en Marsella y el placer de volver á Paris, le han hecho olvidar lo largo del viaje. ¿Cómo habeis encontrado el hotel, Ursula?

—En perfecto estado, señorita. Se diria que acabamos de salir de él, y hace ya diez y ocho años que partimos.

Germana dijo como hablando consigo misma:

—¡Diez y ocho años! ¡Su edad!

Dos lágrimas brotaron de sus ojos. Los enjugó bruscamente, y dijo:

—Que preparen el pabellon de encima de las cocheras para el capitán Perros. No nos abandonará ya. Procurad que no falte nada en el pabellon.

—¡Está bien, señorita!

—El capitán no llegará hasta dentro de ocho dias. Le he dejado en Marsella para que venda como pueda el *yacht*. Ese bareo ha viajado mucho y pide ser reemplazado.

—¿Piensa la señorita volver á emprender su vida errante?—preguntó Ursula con alguna inquietud.

—¿Quién sabe? Si he vuelto á Francia ha sido porque no puedo imponer tan duras fatigas al general que es ya muy anciano. Sería para él un gran dolor morir fuera de su patria. Por mi, esposa sin marido, madre sin hijos,

¿qué me importa el sitio en que esté, el país en que habite? ¿No soy indiferente á todo? Tu no lo ignoras Ursula. Recorro el mundo por necesidad de cambio, de agitacion; por buscar el olvido. ¿Quién puede decir lo que querré mañana!

—¡Ay de mí!—suspiró Ursula.

Su ama se expresaba con acento seco y duro, casi irritado. Se comprendía en ella una rebelion contra el destino que la habia herido tan cruelmente: una ansiedad de desquite, y un vivo deseo de hacer recaer el mal sobre aquel por quién ella lo sufría.

—Tenía cuarenta años, y sin embargo habian pasado estos por aquella robusta naturaleza casi sin dejar huella.

Habia cambiado poco.

Pero seguía siendo la joven de porte de reina, de imperiosas facciones, sin una sombra de arrugas.

Únicamente algunos hilos de plata se entremezelaban en su opulenta cabellera obscura, casi negra.

Se informó, por Ursula, de los detalles del servicio, la dió algunas órdenes y pasó á su gabinete de tocador.

Una hora despues salía de él fresca y descansada muy envuelta en un peñador de seda de las indias y corría á la habitacion de su tío.

El anciano dormía.

Su hermosa cabeza tranquila y serena, completamente blanca, respiraba la alegría natural de volverse á ver en su patria.

Germana suspiró.

Aquel anciano era lo único que la quedaba de todo cuanto habia amado; pero al menos su decisión por ella era completa, absoluta.

¿Cuánto tiempo le conservaría aun?

Se retiró sin hacer ruido, se hizo servir un ligero almuerzo en su salon y en seguida se sentó á su pupitre en donde escribió rápidamente algunas líneas.

Llamó.

Ursula se presentó en seguida.

—Que lleven esta carta en seguida á casa de la condesa de Fresneuse, cerca de aquí, calle de San Guillermo.

Germana se tendió en un sillón delante de la chimenea esperando á su amiga, y, como el general, experimentó una sensacion de bienestar al encontrarse en aquel gabinete preferido y en el que todo estaba, como en otro tiempo, en su sitio.

La parecia que la trama de su vida se reanudaba y que aquellos diez y ocho años se borraban de ella sin dejar otra huella que la que deja un mal sueño.

En verdad, ¿no habia sido un mal sueño aquel odioso atentado de que habia sido víctima y sobre el cual el tiempo tendía una especie de velo que obscurecía su recuerdo y disminuía la atrocidad? Un mal sueño tambien aquel matrimonio sangriento, aquel duelo en que los dos adversarios habian sido heridos, el uno casi mortalmente, su marido, el hombre á quien habia querido con un afecto de hermana primero, y despues con amor, y que la habia rechazado en un acceso de cólera y de desprecio cuando iba á decirle:—¡Te amo! Yo no soy culpable.

Ciertamente; esas dos heridas de su corazón le habian estado brotando sangre durante muchos dias, muchos años, doloridas é inflamadas. Pero, en fin, si no habia llegado la curacion, al menos aquellas heridas perdian la agudeza de sus dolores, el tiempo esparcía sobre aquella alma enferma su bálsamo bienhechor. Apenas si conservaba odios para el autor de sus males. ¿Conservaba aun amor para el elegido, el distinguido entre tantos? Ya no lo sabia. Jamás se habia interrogado sobre este punto. Pero sobrevivía en ella un sentimiento que ahogaba todos los demás, que se agrandaba á medida que entraban en su corazón, á medida que los obstáculos la exasperaban y que, en una palabra, le hacía insensible á todo lo demás, á todas las catástrofes, á todas las felicidades.

No se pasaba día, no se pasaba hora, sin que la imagen lastimera de la niña perdida viniera á torturarla el corazón.

Su turbada imaginacion la representaba las más desgarradoras escenas.

¡Y su hija, aquella niña que la arrancaba lágrimas de desesperacion, que por orgullo ocultaba á la vista de todos, tenia veinte años, la edad de los peligros, la edad de las desgracias, la edad de las tentaciones!

Era en vano que intentase rehacerse y defenderse.

¡Se preguntaba dónde estaba, qué era de ella, á qué sufrimientos estaba reducida, y á veces llegaba en su desfallecimiento á pensar que por verla, por recogerla, por salvarla tal vez de las calamidades, á cuyo pensamiento su exaltada ternura se alarmaba, consentiría en admitir las condiciones impuestas por Santiago de Brandes, no entregándose á él, porque esto era imposible, sino dándole lo que él queria, su fortuna, y consintiendo en llevar su nombre!

No le habia dicho éste:

—¡Lo sabrás todo el día en que te llares la baronesa de Brandes!

¡Sí, á veces en su exaltacion llegaba hasta esto!

Y despues su sér temblaba á esta sola idea: su orgullo se sobresaltaba. ¡Todo antes que tal humillacion! ¡Por no ceder á la tentacion de rendirse era por lo que habia huido é intentado olvidar por todos los medios!

Pero habia sido en vano.

Volvia. ¡Era que se sentia vencida!

Lo que le admiraba era el silencio guardado por Santiago de Brandes.

Dieciocho años hacia que le esperaba.

A cada momento esta era una de sus pesadillas; creia oir á sus criados anunciarle.

¡Como no le habia visto llegar aun á hacerla proposiciones, ofreciéndola venderla aquella criatura que no habia robado más que con el propósito de torturarla y someterla!

¡Y callaba! ¿Qué esperaba Santiago?

Tal vez su hija hubiera muerto. Se veia obligada á desear que aquella duda fuera una realidad, porque muerta estaba al abrigo de la miseria que temia por ella.

Germana afectaba ante las gentes una desdofiosa calma y se esforzaba por presentar rostro sereno.

Estaba en su habitacion, con las facciones contraidas, la cabeza inclinada sobre su mano derecha, intentando coordinar sus ideas, tomar una determinacion, cuando una voz muy conocida dijo alegremente:

—¿Se puede entrar?

Era la condesa de Fresneuse quien estaba en la puerta, entreabierta por Ursula.

Germana se levantó con rapidez, y sonriendo feliz por aquella visita, salió al encuentro de su amiga, tendiéndola las manos.

La condesa lanzó una esclamacion de alegría.

—¡Al fin!—dijo abrazando á la viajera.

La condesa era una buena alma.

Tan venenosa y pérfida como continuaba siendo la bella Laurencia, marquesa de Bresse, era cariñosa y buena amiga Sofia de Fresneuse.

¡Naturaleza privilegiada, llena de virtudes, de generosidad y de buena fé!

Al ver á las buenas amigas de pension y á las mujeres de mundo desacreditarse las unas á las otras, se creeria que no existen almas como la de la condesa de Fresneuse.

Y, sin embargo, existen. Son raras, se las cita como escepciones; sea, pero hay más de una.

¡Felizmente!

La condesa contemplaba á su amiga con tierna mirada.

—Querida mia—la dijo despues de haberla contemplado—estás admirable. Temia la primera entrevista, te lo confieso. Tus cartas me desolaban. ¿Vienes de...?

—De Nápoles. He enviado á Ursula, Jeannin y á los demás criados delante. Hemos tenido que

quedarnos dos días en Marsella por causa de mi tío.

—¿Y tu palacio?

—Lo he vendido. Le gustaba á un inglés y me he aprovechado de eso para deshacerme de él sin pérdidas.

—Siempre tú necesidad de cambios!

—Te lo confieso. No estoy bien en ninguna parte. Sin embargo, aquel palacio era un paraíso. ¿Por qué no fuistes?

—¡Imposible! ¡Considera! ¡Abandonar mi marido á Paris, su círculo, sus costumbres! ¡Qué suplicio!

La condesa bajó la voz y con una de esas miradas tan expresivas, que dicen más que las palabras, añadió:

—Y por otra parte, tú comprenderás que dejarle aquí solo no era prudente...

—¿Eres celosa?

—No, amiga mía, me creo juiciosa. Si las mujeres se ocupasen un poco ménos de los trapos y más de sus maridos, las cosas irían mucho mejor. ¿Qué vida vés á hacer?

—No lo sé aún. Quiero hacer la vida de antes. Mi pobre tío se vé forzado á no salir de casa. Pero estoy en edad de conducirme sola. Mi juventud pasó hace tiempo.

Al decir esto lanzó un suspiro.

—¿Estás más hermosa que nunca! —dijo la condesa.— ¡Cuántos celos vas á escitar, Dios mío! ¿Y de sociedad que harás?

—¡La sociedad! —dijo Germana.— Me ocupo tanto de ella como de los planetas más lejanos. La sociedad no considera más que á los que la desprecian. ¡No tengo nada que censurarme! Me basta mi conciencia. Estoy muy tranquila. ¿No me quedas tú?

La condesa de Fresneuse no era de una gran belleza pero ¡qué sonrisa tan divina!

Estrechó la mano de su amiga con efusión.

—¿No me preguntas por Roberto? —la dijo cariñosamente.

—No, pero si quieres decirme algo...

A la condesa la llamó la atención la indiferencia con que su amiga pronunció estas palabras.

—¿Sabes lo que ha hecho durante la guerra? —preguntó la condesa.

—Sí, lo sé.

—Apenas repuesto de la herida recibida en aquel extraño duelo de los Essarts, herida de la cual se curó por milagro—el doctor Duplau me lo ha afirmado así—se alistó en su antiguo regimiento.

—Me lo escribiste.

—Herido de nuevo gravemente en Rezonville, quedó por muerto en el campo de batalla.

—Esa historia, es ya antigua—observó Germana con alguna impaciencia.

—Ten calma. Quiero prepararte para cuando te vuelvas á ver. Te costará trabajo reconocerle....

—¡Ah!

—Ya no es el brillante oficial de otros tiempos: está encorvado, ha envejecido treinta años.

—¿En dónde está?

—En Paris casi siempre.

—¿En su entresuelo de la calle Varennes?

—No le ha abandonado.

—¿Vive solo?

—Casi siempre lo está. El conde, con su feroz humor, que los acontecimientos no han mejorado, se encierra en Beaulieu.

—¿Frecuenta Roberto la sociedad?

—Muy poco.

—En fin, ¿tú le ves?...

—Algunas veces.

La condesa añadió con intención:

—Ya sabe él de qué hablaremos estando juntas.

—Germana se mordió los labios.

—No debo ocultarte—repuso la condesa—que el conde ha querido obligarle á entablar el divorcio. Sus sentimientos religiosos no son la causa de esto, puesto que no se trata más que de un matrimonio civil. Está exasperado por la

situación difícil en que se encuentra su hijo. Ve estinguirse su nombre. Roberto, tu marido....

—¡Mi marido!—dijo Germana con amargura.

—Lo es... al menos de derecho... á pesar del profundo respeto que tiene á su padre, se niega á seguir sus consejos. De esto han surgido profundas disensiones entre ellos, casi una ruptura. Han propuesto al vizconde excelentes partidos. Nada más sencillo que deshacer un matrimonio como el vuestro con las nuevas leyes, que parecen hechas á propósito para vosotros. Tu marido no quiere oír hablar de eso. A la verdad,—añadió la condesa—con su quebrantada salud y su triste humor, el pobre no tiene mucha necesidad de su libertad.

Germana cambió de pronto de asunto.

—¿Y Laurencia?—preguntó.

—Siempre la misma; ¡una naturaleza milagrosa! Innumerables éxitos, una elegancia sin rival, una salud de hierro y buen humor hasta la punta de las uñas, demasiado aguzadas á veces...

—¿Y de aventuras?—preguntó Germana.

—Si las hay permanecen en el misterio, sepultadas en la sombra. Es muy fina la bella Laurencia, ¿sabes?... en fin, ¡una reina de la moda! Ha transformado completamente el hotel de Bresse, con gran desesperación de su marido. En mi última visita encontré allí á Roberto.

Germana frunció las cejas; pero este movimiento tuvo la duración de un relámpago, y en seguida preguntó:

—¿Se ven?

Decididamente, la condesa de Fresneuse se interesaba por el vizconde. Encargada de defender su causa, no lo hubiera hecho mejor.

—¿No es tu amiga?—dijo á Germana.—Allí se habla de ti... allí va él. Á propósito de encuentros: ¿á que no adivinas á quién he visto ayer?

—¿En donde?

—En la calle de Jacob.

—No conozco á nadie en ese barrio.

—A tu primo Santiago de Brandes, que debe jugar algún papel en esa misteriosa aventura, sobre la cual guardas tan profundo secreto.

—¿Qué hacía allí?

—Salía de una casa... detrás de la casa se veía por la puerta cochera, que estaba abierta, un vasto jardín.

—¿Qué número?

—No estoy segura... el diez y ocho ó el veinte, creo.

—¿No le hablaste?

—No, iba en coche muy de prisa, pero le reconocí perfectamente. Le acompañaba un joven, buen mozo, alto, moreno, vestido con sencillez...

—Su sobrino sin duda—dijo Germana con frialdad.—Estudia en París.

—¿Qué estudia?

—Derecho ó medicina. Es pobre y debe procurarse una carrera.

La condesa cogió una de las manos de Germana.

—Germana—la dijo—tú sufres...

—Sí.

—No confías tus penas á nadie y así sufres más...

—Tal vez.

—¿Por qué no me las confías á mí? Sabes muy bien que no saldrán de aquí; y se puso una mano en el pecho.

La señorita de Roye entrecerró los ojos.

La condesa tenía razón.

Al confesar sus penas se descargaría de un secreto que le agobiaba.

Vaciló un segundo, pero su orgullo y su pudor la cerraron los labios.

—No puedo—murmuró.

—Al menos, ¿ya no nos abandonarás?

—No tan luego... pero ya comprenderás que mi situación aquí es falsa...

—¿Si quisieras!...

—¿Qué?

—Nadie me quitará la idea de que entre tu

marido y tú hay un error que podrias disipar. Te dejas acusar, Germana, y yo, que te conozco, sé que no puedes ser culpable.

Los dedos de la señorita de Roye se crisparon sobre los brazos de su sillón.

La condesa continuó con cariñoso tono:

—Roberto no me lo ha confesado... Hace lo que tú... Guarda su secreto. ¡Pero... estoy segura de ello, te ama siempre, te adora, está loco de sentimiento, y esa es la enfermedad que le mina!

—¡Eso es un error!

—No. ¿Acaso la vida que lleva no es la mejor prueba de ese amor? ¡Su resistencia á los deseos de su padre, no demuestra que ama ese lazo que no le sirve más que de traba, y del cual no quiere deshacerse, sin embargo?

La señorita de Roye se inclinó sobre la frente de su amiga y la tocó con sus labios.

—Eres buena—la dijo—y me causa gran bien oírte hablar así, pero escucha.

Y con voz conmovida continuó:

—Roberto me ha herido en el corazón. Ha dudado de mí. En lugar de pedirme una explicación leal, á mí, á su amiga de la infancia, ha preferido creermé culpable de una vergonzosa intriga. Yo no habia exigido de él más que una promesa, la de no tener ningún pensamiento que no me confiase. Esta promesa la ha olvidado, la ha pisoteado á la primera calumnia que llegó á sus oídos. Sí, hay un secreto en mi vida, un odioso secreto; pero soy víctima y no culpable. Si Roberto me hubiese preguntado, se lo hubiera confesado todo. Si quise callar, fué por que esperaba, por él y por mí, que no tendria necesidad de hacer esta revelación, y porque, en fin, ¡hay confesiones que repugnan al orgullo de una mujer! Me rechazó cuando me acercaba cariñosamente á él. Sin consultarme ha expuesto su vida, que ya me pertenecía, puesto que la víspera le habia dado mi mano. No pensó que con su vida jugaba mi honor, ese honor que una mujer de corazón debe preferir á todo,

y ¡quién sabe!; que yo defendia tal vez en medio de las más terribles apariencias que me condenaban.

El hubiera debido creer que yo podia ser víctima de una infame maquinación, pensar que extrañas fatalidades se ceban á veces en nosotros y que, en fin, mi vida pasada debia protegerme á sus ojos, ante él, que me conocia tan bien. Ha preferido creermé infame, sin pensar en que yo merecia al menos que hubiera procurado informarse, que hubiera pedido una explicación. ¿Que ha reflexionado y se arrepiente? No quiero saber nada. ¡Es demasiado tarde! ¡Todo ha concluido entre nosotros! Su padre tiene razón. Que siga sus consejos. ¡Los dos tenemos necesidad de nuestra libertad! ¡No he perdido yo los mejores años de mi juventud para enajenar mi independencia en el momento en que puedes serme más necesaria! Puedes referirle esta conversación, si se interesa por mis asuntos y quiere conocer lo que pienso.

—¡Eres cruel!—murmuró la condesa cohibida.

Miraba á su amiga con admiración.

Germana se habia animado. El mármol que ella aparentaba ser, se convertia en carne. Se expresaba con una vivacidad extraordinaria.

—Entonces, ¿qué harás?—preguntó la condesa.

—No lo sé. Me aconsejaré de las circunstancias. Háblame de París.

Las dos amigas permanecieron largo rato juntas.

La condesa puso á Germana al corriente de cuanto se decia. La confirmó lo que la habia escrito durante su larga ausencia. La sociedad se habia ocupado mucho de su aventura. El duelo de los Essarts, cuyas causas permanecían en el secreto; su boda á medias y su partida, habian producido un escándalo enorme. El olvido habia sobrevenido hacia largo tiempo, pero su presencia iba á reavivar estos recuerdos.

—Tanto más—añadió la condesa—cuanto que vas á causar sensación, á suscitar muchas envidias, porque estás más hermosa que nunca.

Germana sonrió tristemente.

¡Ella excitar la envidia, cuando no debía inspirar más que lástima!

Por fin, la condesa se levantó; pero antes exigió a Germana una promesa.

—Quiero presentarte de nuevo en la sociedad —la dijo.

—¿Cuándo?

—Mañana, en mi palco, en la Opera.

—¿No temes comprometerte?—preguntó Germana.

—¡No! ¿Me lo prometes?

—¡Puesto que lo exiges!

—¡Mañana habrás descansado ya—dijo la condesa—y no vas á encerrarte en un claustro! La condesa salió.

Tan luego como estuvo sola la señorita de Roye, anotó en un tarjetero de concha, que tenía sobre la chimenea, estas señas:

«Santiago de Brandes, calle de Jacob, 20.»

Y levantándose para dirigir una mirada á los jardines, de los cuales desaparecía rápidamente el día, dijo con tono resuelto:

—¡Sucedá lo que quiera, es preciso! ¡Iré!

## II

## Vivienda de soltero

La condesa de Fresnense no se había equivocado.

Era efectivamente el baron de Brandes á quien ella había visto en la puerta cochera de una casa de la calle de Jacob, pero el baron no salía de su casa.

No tenía otra residencia más que su castillo, que se derrumbaba cada vez más, y sus medios no le permitían tomar casa en Paris.

Salía de la casa en donde estaba su sobrino Andrés de Fresnaye, baron también, pero más pobre que el otro, puesto que no poseía nada.

¡Error! Andrés poseía, en primer lugar, todo lo que poseía Santiago de Brandes, quien se hubiera quedado sin camisa por él, y además gozaba de ese bien que todos los millones de la tierra no podrían pagar: ¡la juventud! Tenía además la rectitud, la inteligencia, la voluntad y el ardor del trabajo, y á veces una cierta inclinación á los placeres.

¡Pero tan pasajera!

Andrés no era ya aquel niño de la infausta noche del 17 de diciembre de 1863.